

— Y vm. se lo recordará bien á todos ellos.

— Ciertamente, lo mismo que la intrepidez con que vm. le ha perseguido. Oiga vm. lo que le diré al baillío Craigdallie, y sepa vm. aprovecharse de ello.

— No porque yo necesite de que alguno testifique de mi valor, porque yo soy naturalmente tan valiente como cualquier otro ciudadano de Perth, pero..... y el valiente no acabó la frase.

— Pero ¿qué? preguntó Enrique.

— Pero temo que me maten: ya conoce vm., Smith, que sería doloroso dejar al desamparo una muger bonita, y una familia de corta edad. Vm. lo conocerá mejor, cuando vm. se halle como yo en el mismo caso; entonces verá vm. como se le amortigua el ardor.

— Eso no es imposible, dijo el armero algo pensativo.

— Sobre todo, yo estoy muy acostumbrado al manejo de las armas y tengo la respiracion tan libre, que pocos pueden luchar conmigo. Vea vm., añadió el chiquituelo sacando el pecho hácia fuera que parecia pechuga de pollo

en asador, y pasándose por él la mano:—aquí hay bastante cavidad para el mecanismo del soplo.

— Me atrevo á decir que vm. tiene la respiracion muy larga; por lo menos así me lo prueban sus discursos de vm.

— ¡Mis discursos! ¡Vm. se burla! Pero hice venir de Dundee la coronacion de un *dromond* y.....

— ¡ La coronacion de un Drummond! exclamó el armero. En conciencia que esto solo basta para que caiga sobre vm. todo el clan, y este no es el menos vengativo de las montañas, segun oi decir.

— Por San Andrés, que no me comprende vm., Enrique. Hablo de un *dromond*, que es un navío grande, y yo he mandado cortar esta coronacion, ó para decirlo mas claro el mascarón, de modo que parezca un soldan ó un sarraceno; le hice fijar en el patio de mi casa, y me bato con él las horas enteras; dándole muchas estocadas, cuchilladas y reveses con mi espada de dos manos.

— Esto debe hacerle á vm. muy conocido el uso de esta arma.

— Sin duda : y algunas veces le pongo una gorra (vieja se entiende) al tal soldan, y doy golpes tan firmes y acertados que bien pronto no le quedará craneo.

— Esto es malo, porque perderá vm. el parroquiano. Pero ¿qué dirá vm. de esto, maestro gorrero? Yo me pondré un día mi casco y mi coraza, vm. me tratará como al soldan; pero permitiendo parar los golpes y volverlos. ¿Qué tal? ¿Quiere vm.?

— De ningún modo amigo mio; no quiero yo tratarle á vm. tan mal. Por otra parte para decir verdad, golpeo con mas acierto en el casco ú la gorra puestos en la cabeza de mi soldan. ¡O! entonces ya estoy cierto de abatírsela; pero si veo un casco con el penacho que se mueve, y que brillan por entre la visera los ojos, en fin al ver delante de mi un contrario que se mueve á discrecion como si danzara, entonces confieso, que ya no cuento tanto con la seguridad de mi pulso.

— ¿Pero si hubiese alguno, que se presen-

tara y mantuviera tan quietecito como el soldan? ¿haría vm. el papel del tirano, maestro Proudífute?

— Con el tiempo y el ejercicio, creo podría lograrlo. Pero ya llegamos cerca de nuestros compañeros. El bailío Craigdallie está un poco serio, pero no me intimida su enojo.

Conviene mucho sepa el lector, no se dieron el bailío ni sus compañeros mucha prisa por socorrer al gorrero, cuando vieron al armero que se adelantaba, y que el extrangero se disponia para batir en retirada, pensando y con razon que la presencia sola del temible Smith bastaria; y volvieron por tanto al camino derecho de Kinfauns, no queriendo ya retardar por mas tiempo el cumplimiento de su mision. Como se pasó un buen rato antes que Olivier y el armero se les reunieran, el bailío les preguntó, dirigiéndose á Enrique, por qué habian perdido un tiempo tan precioso en perseguir al cazador furtivo hasta las alturas.

— Como soy que no es culpa mia, señor bailío, respondió este. Si vm. aparee un galgo

con un mastin, no debe culpar al primero, si va por donde le lleva el otro; esto es lo que me ha sucedido precisamente con mi vecino Olivier: luego que se levantó, subió en su yegua como un relámpago, y rabioso por la ventaja cobarde que le tomó su contrario aprovechándose de su caída, fué tras él corriendo como un dromedario: yo tenía que seguirle, tanto para impedir otra caída, cuanto para defender á nuestro campeón, á nuestro valiente amigo en caso de alguna emboscada, preparada en las alturas; pero el picaron, que va con la comitiva de algun lor de las fronteras, y que lleva en el hombro la espuela alada para ser conocido, huyó de nuestro vecino como escapan las chispas del pedernal.

El decano de los bailíos de Perth escuchaba con sorpresa la leyenda que gustaba Smith de poner en circulacion; porque aun sin cuidar mucho de saber la verdad en cuanto á esto, él habia dudado siempre del relato romancesco que tenia hecho el gorrero de sus hazañas, y con arreglo á lo que se decia, le pareció debia tenerlas por verdaderas hasta cierto punto.

El viejo y astuto guantero se puso mejor en la dificultad.

— Tú volverás loco á ese pobre hombre; dijo á Enrique lo mas bajo que le fué posible. Hará tanto ruido con la relacion de sus proezas como los muchachos al salir de la escuela; cuando por el buen orden y el decoro seria mucho mejor que callara.

— Por Nuestra Señora, padre Glover, respondió el armero, me gusta ese fachendilla, y no me gustaria verle avergonzado y sin hablar palabra en un rincon de la sala del preboste, mientras que los demás, y principalmente este negociante de venenos, ó este boticario diga lo que le venga á las mientes.

— Tú eres demasiado bueno, replicó Simon; pero nota bien la diferencia entre estos dos hombres: este gorrero chiquitin que no hace mal á nadie, se da el tono de un dragon para disimular su cobardía natural, y el boticario se presenta muy humilde, tímido y circunspecto, para que nadie conozca su genio maléfico. La víbora escondida bajo de una piedra no tiene un veneno menos mortífero, que la

situada en el camino: sabe, mi amigo Enrique, que con sus palabras rastreras, y sus modales tímidos, este esqueleto ambulante gusta de hacer mal, mucho mas de lo que teme el peligro que corre por hacerle. — ¡ Ah! que ya llegamos al castillo del preboste, y debemos convenir en que Kinfauns es una morada digna de un lor, y una gloria para la ciudad tener por su primer magistrado al dueño de un castillo tan hermoso.

— A la verdad, que es una buena fortaleza; dijo el armero mirando el anchuroso Tay, que corre al pie de la altura donde se levanta el castillo (como ahora se presenta al castillo mas moderno). Este suntuoso edificio parecia cual si fuera el rey de los valles, aunque las fuertes paredes del Elcho, situado á la otra parte pudieran disputarle la primacia. El Elcho era en aquel tiempo un apacible convento, y las paredes que le cercaban servian de barrera á las vestales, separadas del mundo, pero no de baluarte para una guarnicion armada.—Es un excelente castillo, continuó Enrique, levantando la vista hácia las torres de Kinfauns; es

el escudo y la coraza del curso del Tay; y bien se necesita romper mas de una buena espada para poder entrar en él á viva fuerza.

Habiendo reconocido el alcaide de Kinfauns las personas y calidades de los que se aproximaban al castillo, habia ya franqueado las puertas del patio para recibirlos, despues de haber enviado uno que avisase á sir Patricio Charteris la venida del bailío decano de Perth con otros buenos ciudadanos de la misma. El buen caballero, que se disponia para ir á caza con sus halcones, recibió esta nueva casi lo mismo que un moderno representante de alguna ciudad, al saber que le amenaza la visita de una parte de sus mandatarios en un momento en que no le conviene recibirlos; es decir que dió al diablo en tono bajo los huéspedes y su venida, al paso que daba las órdenes necesarias para recibirlos con todo el decoro y cortesía. Mandó á sus criados sirviesen luego luego en el salón, asados y fiambres, y á su dispensero que abriese los toneles y cumpliese con su oficio; porque si alguna vez la bella ciudad de Perth llenaba su cueva, los ciuda-

danos de la misma estaban siempre dispuestos á vaciar sus frascos.

Introdujeron con el debido respeto á los ciudadanos en el salon, donde el caballero en traje de caza y con botas hasta medio muslo los acogió con un aire de cortesía y condescendencia protectora; deseando interiormente verlos al fondo del Tay, antes que hubieran venido á impedirle la diversion, á que tenia dedicada la mañana. Adelantóse hácia ellos hasta la entrada del salon, la cabeza descubierta y la gorra en la mano; saludándolos casi en estos términos:

— ¡ Ah! señor bailio Craigdallie, digno Simon Glover, padres de la hermosa ciudad... y vm., bravo Smith... nuestro dócto boticario.... y vm. tambien, diestro fabricante de gorras que rompe mas cascos que cubre.... ¿ cómo y por qué tengo yo la dicha de ver reunidos tantos buenos amigos y tan de mañana? Estaba en ánimo de dar vuelo á mis halcones, pero con tan amable compañía, si vms. gustan honrarme, será mas agradable esta diversion (permita Nuestra Señora, pensó, se rompan la cabeza),

salvo si la bella ciudad tiene órdenes en contrario, que yo deba cumplir. — Dispensero Gilberto, despáchate. Yo pienso no tendrá su buena venida otro motivo mas formal que saber si el malvasia conserva su fragancia.

Los delegados de la ciudad de Perth correspondieron á los cumplimientos de su preboste por inclinaciones de cabeza mas ó menos significativas. La del boticario fué la mas profunda, y la del armero muy sin ceremonia. Probablemente que este último conocia su valor personal. El bailio Craigdallie tomó la palabra como el mas autorizado de la diputacion.

— Sir Patricio Charteris, nuestro digno señor preboste, dijo con toda gravedad, á no tener nosotros otro fin que disfrutar de su generosa hospitalidad esta vez mas, entre tantas como ha tenido á bien acogernos su bondad, nuestra educacion nos hubiera obligado á esperar precediera un convite, como es de costumbre. En cuanto á la caza de halcones, ya hemos visto bastante por hoy, pues á la venida hemos hallado un tunante cazando con el hal-

con en los pantanos de la ciudad, el mismo que ha robado y maltratado á nuestro amigo Olivier el gorrero, sin mas motivo que haberle preguntado á nombre del preboste y de la ciudad, quien era él para tomarse tal licencia.

— Y ¿qué cuenta dió de sí? dijo el preboste. Por san Juan que yo le enseñaré á ese picaro, cuando y como ha de cazar en mis cotos.

— Debe advertir Vuestra Señoría, respondió el gorrero, que se aprovechó de una caída que yo di del caballo, pero volví á montar y le perseguí con todo empeño. Dijo se llamaba Ricardo del Diablo.

— ¡Cómo! ¿ese de quien hacen mencion tantos romances y balatas? Yo pensé que aquel valeroso se llamaba Roberto.

— No es el mismo, segun me parece, sino que yo he querido darle su nombre por entero; él dijo llamarse Dick del Diablo, añadiendo, que era un Johnstone de la comitiva del lor así llamado. Pero yo le hice huir por el pantano y recobré mi cacerina, que me habia tomado cuando estaba indefenso.

Sir Patricio reflexionó un poco. — Hemos

oido hablar del lor Johnstone y su comitiva, dijo él, y no vamos á ganar mucho en meternos con ellos. — Pero decidme, amigo Smith, ¿habeis tolerado con paciencia todo esto?

— A fe mia que no pude menos de obedecer las órdenes de mi gefe sobre ser mero espectador.

— ¡Muy bien! si tú no te has movido, no sé porque no deberé yo hacer otro tanto; puesto que ya el maestro Proudpute, aunque al principio perdió, ha sabido volver por su honor y por el de la ciudad segun acaba de contarnos. Pero aquí está ya el vino: llena los vasos hasta que se reviertan y da de beber á mis huéspedes. ¡Prosperidad á Saint-Johnstown, á la buena venida de mis buenos amigos! Por ahora siéntense vms. á la mesa; porque ya es tarde y vms. que siempre tienen que hacer, se habrán desayunado temprano.

— Ante todas cosas, permitasenos, dijo el bailío, exponer el motivo urgente de nuestra venida, porque todavía no hemos dicho nada.

— Dejaremos eso hasta que vms. hayan tomado un refrigerio, señor bailío. ¿Algunas

quejas contra los escuderos de algun noble por haber jugado á la pelota en las calles , ú otra cosa de igual naturaleza ?

—No, milor, respondió el bailio con firmeza y energía; es de los señores de los escuderos de quienes venimos á quejarnos. Estos son los que juegan á la pelota con el honor de nuestras familias, y que gastan muy poca ceremonia con los dormitorios de nuestras hijas como si se tratara de un lupanar de Paris. Una cuadrilla de cortesanos y gentes de calidad , como tenemos por que pensarlo, han tratado la noche pasada de penetrar en casa del maestro Simon Glover, plantando una escalera en la ventana del cuarto de su hija. Se defendieron con las armas luego que llegó Enrique Gow, quien malogró sus intentos, y se batieron con él, hasta que se reunieron varios ciudadanos como debieron acudir al ruido, y los obligaron á escapar.

— ¡ Como es eso ! exclamó el preboste , con el vaso casi á los labios, y dejándole sobre la mesa. Pruébeseme esto : por mi vida y por el

alma de Tomás de Longueville echaré todo el resto de mi poder en hacer se administre justicia, aunque me costara los bienes y la vida. — ¿ Quién atestigua este hecho ? Simon Glover, vm. está tenido por hombre de bien y prudente , responderá vm. de la verdad del caso ?

— Milor, entienda Vuestra Señoría , que yo no me muestro espontáneamente parte querrellosa en este asunto importante. No ha sucedido desgracia ninguna sino á los alborotadores : y recelo mucho, que solo un hombre de gran poder haya sido capaz de alentar semejante audacia, semejante desprecio de las leyes ; y por mi parte yo no quisiera motivar una pendencia de resultados tan peligrosos entre mi ciudad natal y un noble poderoso ; pero como han llegado á pensar, que si no me mostraba parte , seria suponer yo de mi hija, sino el esperar, á lo menos haber dado lugar á la intentona de tal visita, no he podido menos de dar este paso. Por lo tanto diré á Vuestra Señoría todo lo sucedido segun estoy de ello informado ; dejando á su sabiduria el decidir sobre lo que mejor nos convenga.

Contóle, pues, punto por punto lo pasado la noche precedente.

Habiéndole oído sir Patricio Charteris con la mayor atención, no pudo menos de chocarle la circunstancia del preso ó detenido, que habia logrado escapar.

— Es muy extraño, que habiéndole vm. tenido en su poder no le hubiese asegurado. ¿No le miró vm. con cuidado y de modo que pudiera reconocerle?

— No me era muy fácil sin mas luz que la poca de un velon, y en cuanto á escaparse, ya soy viejo, y estaba solo; mas con todo hubiera podido detenerle, si no hubiera dado gritos mi hija desde su cuarto, y como acudí para socorrerla, cuando volví, ya se habia marchado por el jardin.

— Pues bien; pero vm. armero, dijo sir Patricio, decidme como hombre ingenuo y buen soldado lo que sabe en el asunto.

Enrique Gow refirió en su estilo decidido y con precision todo lo que le habia pasado.

Interpelado despues el buen gorrero, comenzó su relato con cierto aire de importan-

cia. — En cuanto al tumulto terrible y extraño de la ciudad, no puedo, es cierto, decir como Enrique Gow que presencié precisamente su principio; pero nadie puede negar haya yo sido testigo de su fin, por lo menos de su mayor parte, y con especialidad de que no haya cuidado de recoger una pieza muy consecuente á la riña y un antecedente de importancia para descubrir el criminal ó criminales.

— ¿Y qué pieza es esa? dijo sir Patricio Charteris, no perdamos el tiempo en hablar: ¿qué pieza de conviccion es ella? vamos á ver.

— Traigo yo aquí para presentar á vuestra señoría una prenda que dejó mal de su grado un pícaro de aquellos en el campo de batalla. Aquí está en mi cacerina, y verdaderamente puede llamarse un trofeo, debido no á la hoja de mi sable; pero sí que yo tuve cuidado de recoger con una presencia de ánimo, que tienen pocos entre un estrépito de armas y á la luz de las hachas. Me apoderé de ella, milor, y hela cual una pieza de conviccion.

Al decir esto sacó de su cacerina la mano,

que hallara por tierra en el sitio, que fué teatro de la escaramuza.

— Como soy, amigo gorrero, dijo el preboste, salgo garante de que tienes todo el valor necesario, para recoger la mano de un hombre, separada del cuerpo; pero ¿qué buscas en el saco?

— Señor había en él... debía haber en él... una sortija, que había en un dedo de ese pícaro. Preciso es que se me haya olvidado... tal vez se me ha quedado en casa. Habíala tomado para que la viera mi muger, visto que no quería ver la mano, porque las mugeres no gustan de ver tales horrores. Pienso por lo mismo que la volví á poner en el dedo de esa misma mano; vaya, sin duda debe estar en mi casa: yo iré á buscarla si Enrique gusta de acompañarme.

— Todos te acompañaremos, dijo el preboste, porque quiero ir yo mismo á Perth.

— Oíganme vms., dignos ciudadanos y honrados vecinos. Cuando se me han dado quejas sobre haber violado sus derechos, cazando furtivamente por el territorio de la ciudad, ó de que los del servicio y comitiva de algun baron

jugaban á la pelota en las calles, no me pareció debía tomar mucho interés en defender este ultrage, que siempre juzgué de poca importancia; mas ahora, ¡por el alma de Tomás de Longueville! no acusarán vms. á Patricio Charteris en un asunto de tanta gravedad. Esta mano, dijo, levantándola en alto, no es la de un hombre acostumbrado al trabajo. La pondremos en un parage, donde pueda ser conocida y reclamada, si es que conservan una chispa de honor los compañeros del que la perdió. — ¡Oye, Gerardo! — Manda que luego monten doce hombres á caballo, y que se pongan la coraza. Con todo eso, señores, si, como es muy probable, resulta de esto alguna pendencia, es preciso que nos apoyemos mutuamente. ¿Cuántos hombres presentarán vms. para socorrerme, caso de que ataquen mi pobre castillo?

Dirigiéronse todos hácia Enrique, como siempre lo hacian casi por instinto, cuando se trataba de tales materias.

— Yo, respondió Enrique, puedo presentar cincuenta valientes, antes que se toque la cam-

pana por espacio de diez minutos, y mil en el espacio de una hora despues.

—Grandemente, dijo el intrépido preboste, y en caso necesario acudiré al socorro de la buena ciudad con la tropa, de que puedo disponer: y por ahora montemos á caballo.



CAPITULO IX.

; No se me crea jamás:
Que yo pueda manejar
Negocios desarreglados,
A mis manos confiados.
SHAKSPEARE. *Ricardo III.*

Estaba el dia de San Valentin el prior de los Dominicos sentado en el confesonario, y oyendo en penitencia lo que le decia un personage de no poca importancia. Era este un hombre de buen parecer, de colores sonrosados que indicaban su buena salud, y de barba blanca y venera-